

RESEÑAS

Arturo Ávila Cano



Varios autores, *Alberto Flores Varela*.

Esplendor del retrato en estudio,

Nuevo León, CONARTE-Conaculta, 2014.

Un retrato de estudio es elaborado para una mirada particular, es un artefacto en el que se depositan afectos y creencias, es un documento que activa la memoria. Un retrato es la enunciación de un sujeto, es la ficción elaborada bajo cierto canon, es la representación elaborada bajo ciertas normas, es la personificación de la diosa *Mnemosine*. Por un tiempo definido esta imagen participa y trasciende en los ritos privados que se gestan en el ámbito familiar y social. Sin embargo, cuando un retrato se desplaza del círculo privado y penetra en la memoria colectiva; es decir, cuando la imagen de un ciudadano común ingresa en la esfera pública se requiere de una lectura razonada que invite a comprender la estética y las ceremonias de una época determinada. Esto sucede con las fotografías que forman parte del libro *Alberto Flores Varela. Esplendor del retrato en estudio*, editado por el Consejo para la Cultura y las Artes de Nuevo León.

Esplendor del retrato en estudio recoge parte de la obra del fotógrafo Alberto Flores Varela quien por más de siete décadas (1920-1995) dirigió el estudio Foto Selecta en la antigua Calzada Francisco I. Madero de la ciudad de Monterrey. En este libro el lector puede apreciar una cuidada y rigurosa selección realizada por Oscar Montemayor e Irving Domínguez. Las fotografías del estudio

Foto Selecta nos permiten apreciar una estética de la idealización, una construcción de un sujeto absoluto que es “despegado de todo lo que no es él, retirado de toda exterioridad.”¹

En estas fotografías el lector no sólo apreciará las poses de frente, de perfil o de tres cuartos, las tomas de busto, de medio cuerpo o cuerpo entero, las miradas a lontananza, las sonrisas esbozadas y las poses estudiadas, la reunión de grupos familiares o la enunciación de un sujeto particular, sino además la elaboración de cierto tipo de ficciones que nos hablan del ambiente lúdico que se desarrollaba en el Estudio de Flores Varela, además de la habilidad del fotógrafo para dirigir las escenas.

Más que fotografías de identificación, que son producto de demandas e imperativos institucionales en las que el sujeto es un ente pasivo que posa de manera ferrea, en este conjunto de imágenes se adivinan solicitudes que forman parte de ritos familiares y sociales. De esta manera, la mirada del retrato convoca nuestra mirada, la atrae, la invita a ensoñar, a crear imaginarios como lo hiciera aquel retrato oval de Edgard Allan Poe.

Esplendor del retrato en estudio se impone como una obra esencial para el estudio antropológico de la fotografía en México, nos permite acceder a la iconografía de una época, al rostro del cuerpo social de una urbe que estaba inscrita dentro de los prolegómenos de la modernidad. Las imágenes de Flores Varela nos entregan los cuerpos y los ritos de la clase media de Monterrey: la mirada de mujeres hermosas y jóvenes apuestos, la organización y la jerarquía de los grupos familiares, la pose del empresario, la del trabajador y la del artista.

Para comprender la trascendencia de estos retratos de estudio, los editores de este libro han incluido cuatro artículos de Perla Varela, Oscar Montemayor, Irving Domínguez y Eduardo Ramírez, además de un listado de obra que da cuenta del material y los formatos trabajados por Alberto Flores Varela. Lo anterior nos permite formarnos una idea de las decisiones estéticas y técnicas del fotógrafo así como de las aspiraciones de una parte de la sociedad regiomontana. En esta época de *selfies* e imágenes electrónicas que pocas veces o casi nunca llegan al papel, los retratos del estudio de Alberto Flores Varela se presentan ante nuestra mirada como parte de los ritos de una época lejana. No olvidemos lo que escribió Edgar Allan Poe sobre el misterio de un retrato: “una luz vívida puede traer ante nuestra mirada la presencia de un retrato que antes no había logrado despertar nuestro interés.”² Un retrato puede provocar profundas agitaciones, puede conducir al delirio.

¹ Jean Luc-Nancy, *La mirada del retrato*, Buenos Aires: Amorrortu, 2007.

² Edgar Allan Poe, *The murders in the Rue Morgue and Other Stories*, Hungary: Kóneman Verlagsgesellschaft mbH, 1995.

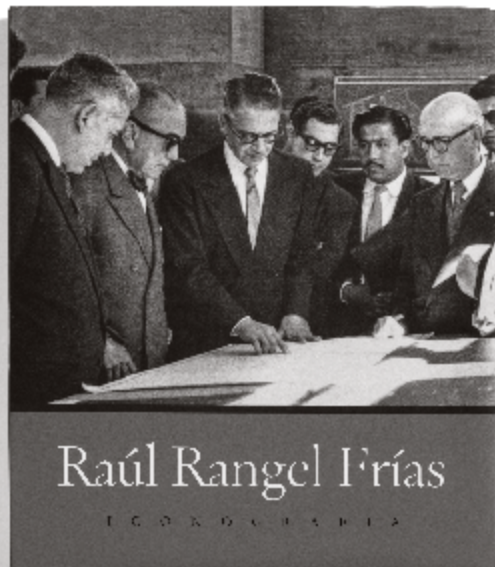
Éste un valioso volumen que reúne alrededor de 300 fotografías de quien fue rector de la universidad de su estado y después gobernador al mediar el siglo pasado.

El realizador de este trabajo fue el investigador y fotógrafo Roberto Ortiz Giacomán, responsable de la tarea de integración y recuperación de las imágenes fotográficas de Rangel Frías y su tiempo. Imágenes que proceden de diversos acervos institucionales y de colecciones fotográficas particulares. Él es también el responsable de la reproducción digital y de la restauración de muchas de ellas, labor que realizó en ocasiones en los domicilios particulares de los dueños de las fotografías.

Integran el conjunto imágenes provenientes de la Fototeca Nacional y de los principales archivos públicos de la entidad: la Fototeca Nuevo León-CONARTE, la Fototeca del Tecnológico de Monterrey, el Archivo Histórico de la UANL y el de Difusión Cultural de la Facultad de Filosofía y Letras, así como de colecciones particulares de distinguidos universitarios y, muy nutridamente, de la colección personal del ex rector, a la que brindó acceso su familia.

El resultado del trabajo son dos productos igualmente valiosos: el Fondo Fotográfico Digital de Raúl Rangel Frías, consistente en más de mil imágenes en alta resolución, catalogadas y referenciadas en cuanto a sus características físicas, técnicas y los fondos donde se encuentran originalmente, el cual quedó en custodia de la institución universitaria y podrá ser posteriormente enriquecido con nuevas imágenes que en lo sucesivo se vayan localizando; y el volumen impreso en formato mayor (26 x 30 cm, 242 p., en versiones empastada y a la rústica), que contiene una selección de fotografías en blanco y negro, representativas de sus diferentes etapas y ámbitos de proyección personal y profesional, desde la inicial de 1873 (del padre de Rangel) hasta las de los años noventa del siglo pasado.

El repaso de sus páginas es, pues, el repaso del siglo XX en Monterrey y en Nuevo León, a partir de los años posrevolucionarios en que Rangel Frías ingresa al Colegio Civil. La presentación del contenido por apartados referidos a la formación y la familia; a la vida universitaria hasta concluir con su rectorado; a los años de la función pública como gobernador; a su trabajo como escritor y como estudioso de nuestra entidad; y uno final sobre su ámbito más personal y de amistades, permite reconstruir, con mucha fidelidad y riqueza, el decurso existencial de Raúl Rangel Frías.



En su gran diversidad, estas imágenes fueron realizadas con propósitos muy diversos y con capacidades y exigencias técnicas muy diversas. Reunidas ahora todas ellas en este volumen, y presentadas junto con otras en un discurso fotográfico particular, el construido por el investigador y, ancilarmente, por los textos del propio Rangel Frías que se incluyen en el libro, constituyen los elementos articulados de un nuevo discurso: contar la vida y circunstancias en que actuó el hombre excepcional que fue Raúl Rangel Frías, uno de los constructores de la modernidad cultural de Nuevo León.

Y aquí también se cumple, tal vez no en todo el conjunto, pero sí en una buena parte del material, lo que Susan Sontag escribió, de que “una de las características centrales de la fotografía es el proceso mediante el cual los usos originales se modifican y finalmente son suplantados por otros, primordialmente por el discurso artístico, capaz de absorber toda fotografía”. No para todos los casos desde luego, pues difícilmente podríamos encontrar valores “artísticos” (salvo de composición, quizá) en todas las fotografías que documentan las acciones de gobierno, pero sí para muchas otras imágenes del libro, las más cotidianas y privadas, la mayoría realizadas por no-fotógrafos pero trabajadas y embellecidas por la pátina del tiempo, por la mirada nostálgica que Walter Benjamin puso en el ángel de la historia, melancólico ante el desencantamiento del mundo que nos trajo el progreso.